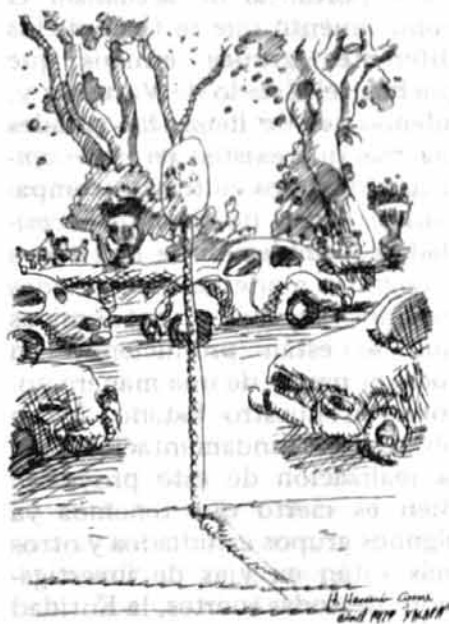


registrar en la historia de México la permanencia de una búsqueda de sí, de la "mexicanidad". Conclusión impostergable y lógica si tenemos presente que el libro de Lafaye es un riquísimo ejemplo del método hermenéutico en el análisis histórico. El método hermenéutico, al estudiar la totalidad de ideas y procesos intelectuales de una sociedad determinada durante un lapso de tiempo lo suficientemente largo para apropiadamente llamarse histórico, supone una primacía de éstas sobre las determinaciones de otra índole, como las de clase, económicas, etc. Por ello, el autor señala que hubiera preferido como subtítulo de su estudio: Escatología e Historia, en vez del más explícito de la "Formación de la Conciencia Nacional en México". O sea, superar a través de la hermenéutica, las premisas del racionalismo kantiano que ha descalificado los problemas del origen y fin último, concentrándose en el estudio de las causas y las relaciones. La inquietud escatológica es relegada y con ello el intelecto occidental ha creído vencer el oscurantismo de las preguntas sobre los fines de la acción humana.

Lafaye concluye que su abordaje de la historia desde un "ángulo espiritual" ha sido sólo un medio, para mostrar que los avatares del mito de Quetzalcóatl en la apologética criolla, y la devoción a la Guadalupe han sido algunos de los aspectos característicos del "alma mexicana" que inicia su formación en el S. XVI. Asimismo, uno de los aspectos esenciales de la conciencia mexicana ha sido "el mito del pasado

indígena", que el indigenismo institucionalizó, el cual por otra parte coincide con el conocimiento literario de Quetzalcóatl, que se da por los años 20 y 30.

Y sintetiza sus perspectivas: "Guadalupe será un día un astro extinguido como la cuna a la cual está asociada; resultará apasionante estudiar el surgimiento de la imagen mítica que la reemplaza. Quetzalcóatl... parece tener mayores posibilidades... El mito de Quetzalcóatl ha seguido vivo... en el México, primero colonial, y luego, independiente; porque es la expresión simbólica del pasado indio que la conciencia criolla se ha esforzado en hacer renacer de sus cenizas para fundar sobre él la reivindicación de la independencia nacional" (p. 424-425), la retórica oficial lo confirma reificando malinches ansiosas de víctimas propiciatorias.



Este riquísimo y germinal estudio, cuyas contribuciones a la historia de México tanto en la interpretación como en la indagación de fuentes originales, no debe pasar inadvertido. Es uno de esos raros estudios que permiten prolongaciones a la vida cotidiana y que por ello resultan no solo estimulantes, sino esenciales. Ciertamente, Lafaye reconoce implícitamente que el proyecto nacional, heredado de los criollos, aún sigue en manos de sus descendientes, por ello Quetzalcóatl aún tiene futuro. Sin embargo, al descalificar a la masa situándola como generatriz pasiva de mitos y creencias, descalifica también a la evolución histórica, suponiéndola una simple reinterpretación sin tener en cuenta que la dialéctica de la negación, además de comprender la "polarización", incluye las "reinterpretaciones" de los fenómenos, es decir sus cambios constantes. No obstante, el neohegelianismo de Lafaye es rico y prometedor.

□ José López Arellano

Tareas de la investigación antropológica en Veracruz

Antes de entrar en materia, quisiéramos dejar bien claro que el hecho de que nos hayamos, relativamente, circunscrito al Estado de Veracruz, no implica por parte nuestra, una visión localista o regionalista del trabajo antropológico. Tampoco consideramos que las fronteras político-ad-

ministrativas sean válidas para el estudio de los fenómenos sociales. Simplemente, esta realidad es para nosotros más cercana, mejor conocida. Seguramente las tareas antropológicas que esperan ser llevadas a cabo en Veracruz son comunes a una área que rebasa las fronteras mismas del país. Sirva, pues, la realidad de nuestro Estado sólo a título de ilustración y punto de partida empírico para hablar de algunos intereses de investigación. Creemos que son de vital importancia los estudios de algunos fenómenos sociales que se presentan en nuestra Entidad, que no son sino un reflejo, guardadas las proporciones, de la problemática nacional y aun la del exterior. No pretendemos, por otra parte, agotar lo que el título de esta ponencia implica. Estamos, además, perfectamente conscientes de que esta lista no puede dejar de ser imagen de nuestros intereses personales. Hemos omitido lo concerniente a la Arqueología y a la Antropología física, porque escapa al campo de nuestras especialidades.

Etnohistoria

En el marco de la investigación etnohistórica, es fundamental la utilización de fuentes de primera mano para estudios sobre la actividad económica y social de la Nueva España. Es parco el trabajo desarrollado en este sentido; abundan las interpretaciones basadas en publicaciones secundarias, siendo escasas las obras que descansan básicamente en archivos. Para ello, es recomendable el

aprovechamiento de dos grandes grupos de registro a nivel regional: los archivos de notarías y los archivos parroquiales. De ahí que trabajos de esta naturaleza deban principiar por realizar la localización de archivos notariales en el Estado y posteriormente su catalogación, describiendo el estado físico actual de los acervos para seguir con la elaboración de un índice analítico por temas, lugares y nombres propios —en ese orden— para cada colección. Por otra parte, las herramientas principales para hacer trabajos sobre historia demográfica, son los archivos parroquiales. En este sentido, debe procederse a la elaboración de un catálogo, atendiendo a los curatos que dependieron de diferentes obispados coloniales en el actual territorio de Veracruz.

Etnografía

La importancia de actualizar el conocimiento que se tiene de los diferentes grupos étnicos que pueblan el Estado de Veracruz y, además, el de llenar las grandes lagunas que existen en la recopilación de datos culturales comparables, hacen de ingente necesidad la formulación de una nueva etnografía moderna. Los grandes cambios sociales y económicos que se están produciendo en todo el país y de una manera notoria en nuestro Estado, hacen obvia toda fundamentación para la realización de este proyecto. Bien es cierto que tenemos ya algunos grupos estudiados y otros más están en vías de investigación; de todas suertes, la Entidad

cuenta con once grupos lingüísticos diferentes —chinanteco, huasteco, mazateco, mixe, mixteco, nahuatl, otomí, popoluca, tepehua, totonaco y zapoteco— que entrañan once culturas distintas, aunque muchas de ellas sean semejantes entre sí. Por otra parte, si nos atenemos a los datos censales de 1970, aunque sólo se anotan seis grupos: huasteco, nahuatl, otomí, popoloca (parece ser que esta denominación es inadecuada para Veracruz), totonaco y zapoteco, el problema se agudiza, porque se da una cifra muy alta de población que habla “otros idiomas indígenas” (18,930) que no se clasificaron.

Es urgente una investigación etnográfica de rescate en los pueblos totonacos de la zona central veracruzana, que está sufriendo cambios muy intensos debidos, entre otras causas, al mejoramiento del sistema de comunicaciones terrestres. Se está abandonando el uso de la lengua vernácula y el vestido tradicional; en contadas comunidades prevalece este último y sólo unos cuantos individuos —especialmente mujeres— lo conservan. Claros testimonios culturales prehispánicos siguen manifestándose en el centro de Veracruz, por ejemplo, en el terreno del pensamiento religioso la tradición del “trueno viejo”. Es conveniente recoger las distintas versiones que sobre él existen en comunidades con influencia totonaca. Pruebas cada vez más escasas, sobreviven en Chiconquiaco, Jilotepec y Yecuatla, por mencionar sólo algunos lugares. Además, urge la publicación de materiales sobre trabajos de inves-

tigación llevados a cabo en Miahuatlán, Acatlán, Landero y Cos y Atesquilapan.

Aunque ya se dieron los primeros pasos en Veracruz sobre etnografía negra, es necesaria la concurrencia de más especialistas sobre el tema, a fin de tener cuadros de conjunto relativos a la población de origen africano. Es patente la escasez de trabajos al respecto; las pocas obras publicadas se refieren mayormente a la dimensión etnohistórica. Recorriendo el eje norte-sur de la Entidad, mencionamos a continuación algunos municipios que ofrecen perspectivas para investigaciones futuras: Tamiahua, Actopan, Ursulo Galván, Cuitlahuac, Yanaga, Tlaxicoyan y Tierra Blanca.

Lingüística

Actualmente en nuestro Estado se encuentran tres grupos dialectales del nahuatl, asentados principalmente en Chicontepec, Zongolica, y, en el sur de Veracruz; sus relaciones diacrónicas sólo se han estudiado en parte y sería valioso contar con un panorama más completo con el fin de esclarecer las relaciones de esos grupos entre sí y con los del altiplano. Igualmente serían deseables otros estudios similares para los grupos totonaco-tepehua y otomí.

Es indispensable complementar esos estudios no sólo con el registro de las diferentes hablas o dialectos, sino también con descripciones que abarquen todos los aspectos de la estructura del lenguaje; en este caso se encuentra el totonaco. Lo mismo es aconsejable se realice en las regiones na-

huas arriba mencionadas, sobre todo en Zongolica y en Chicontepec; asimismo, merecen atención las zonas donde se habla el huasteco, el mixe-popoluca de Oluta, y el zoque-popoluca de Texistepec, ya que estas hablas se encuentran en franco período de desintegración. Además, estos estudios podrán esclarecer algunos problemas que se relacionan con la arqueología y la etnología del área.

También es necesario realizar una labor de rescate de manuscritos que se encuentran en el extranjero y que se refieren a situaciones lingüísticas, y recopilarlos para formar con ellos un centro documental que sería un valioso auxilio en los estudios que mencionamos y en muchos otros que se pretendan efectuar.

Antropología Social

Desde el punto de vista de los programas de investigación antropológica, si puede decirse que aún falta mucho en lo relativo al estudio etnográfico, con mayor razón puede afirmarse esto con respecto a los campesinos mestizos del Estado. Su estudio en cualquier ámbito geográfico reviste interés. Puede plantearse a la manera tradicional en términos de rasgos culturales, enfoque tendiente al inventario etnográfico, o —y nos parece lo más importante— de modo estructural-funcional, es decir, con especial referencia al examen de la posición que guardan estos grupos dentro de la estructura global de la nación. Los estudios resultantes de

este último enfoque quedarían enmarcados dentro de una problemática general: la del funcionamiento del capitalismo en países dependientes, una de cuyas consecuencias la constituye la mísera condición de vida en el agro mexicano. La jerarquización de los estudios sobre el campesinado, según dicho enfoque, se tendría que plantear en términos de la urgencia de los problemas sociales (depauperización, conflictos, etc.), dando preferencia a aquellas zonas que los presenten más agudamente. Posiblemente uno de los más graves problemas sociales en la región cálida del Estado sea el de las condiciones de vida de los cortadores de caña de azúcar que laboran durante la época de zafra en los ingenios.

Tema poco explorado es el de los descendientes de inmigrantes extranjeros, especialmente europeos, que se han establecido en el Estado. Estas colonias han mantenido una fuerte tendencia endogámica y una conciencia étnica poco común tomando en cuenta el considerable tiempo transcurrido desde su llegada a la Entidad. Tal es el caso de las colonias italianas de Gutiérrez Zamora y de Manuel González; tenemos, además, a la colonia francesa de San Rafael en el municipio de Martínez de la Torre, cuya fundación data de 1833.

Tal vez, desde el punto de vista etnográfico, el tema religión sea uno de los que mayor atención han recibido. Sin embargo, el interés puramente etnológico al que han respondido la mayoría de las investigaciones han conducido al estudio de complejos cul-

turales en gran medida aislados de su contexto social. Son necesarios estudios que den la atención debida a estos dos aspectos inseparables, y que integren la práctica social de los creyentes con el contenido de creencias sobrenaturales que configuran su visión del mundo. Uno de los puntos de que podría partirse, con éxito, lo constituye el estudio de los santuarios regionales como centros de culto colectivo. Al norte, se localiza el cerro de Postectitla, enclavado en la zona indígena del Municipio de Chicontepec; en la parte sur existen varios santuarios de gran importancia frecuentados tanto por mestizos como por indígenas nahuas, popolucas, zapotecos y otros que provienen del norte del Estado de Oaxaca. Citaremos a Catemaco, Cuyucuetla y Otatitlán como los más notorios centros religiosos de este tipo.

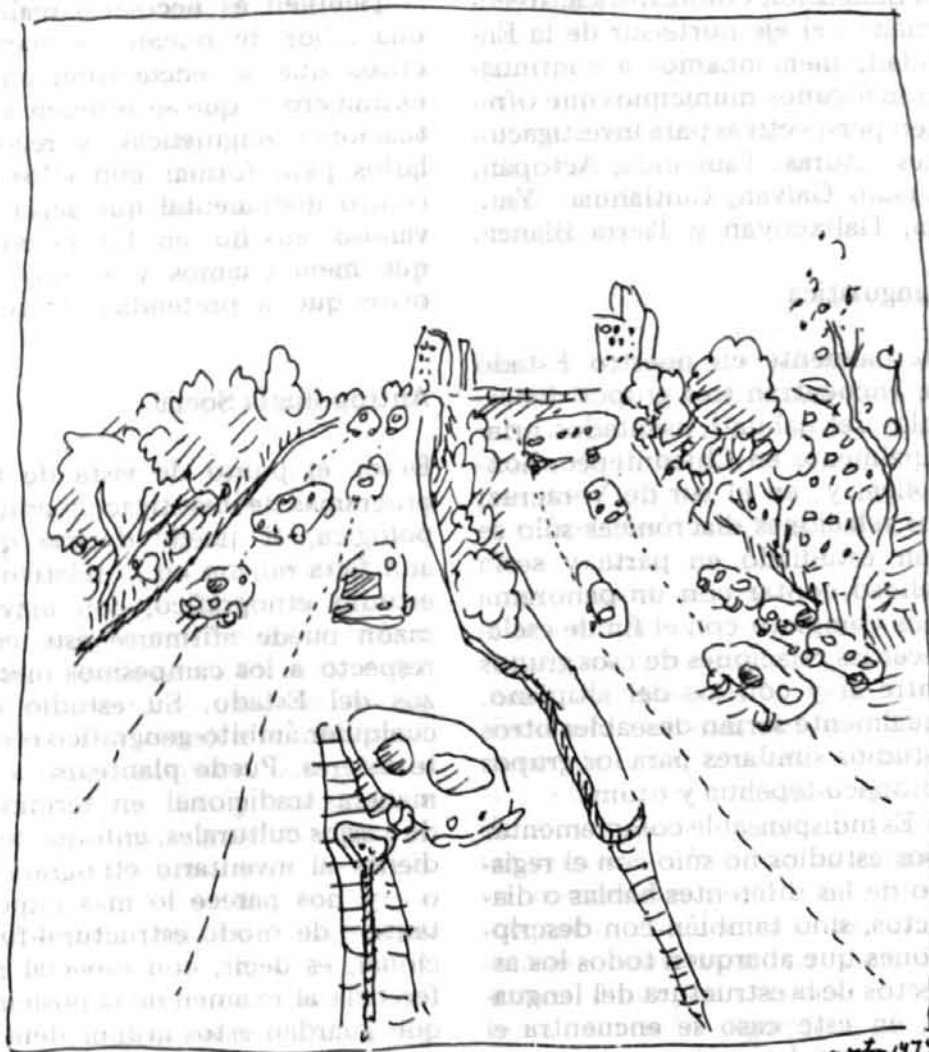
Otra de las tareas que deben emprenderse, se refiere al proceso urbanístico y a los estudios urbanos en sí. Nuestra sociedad está transitando a pasos agigantados por toda una gama de estadios que implican industrialización a corto plazo. Probablemente los proyectos y planes de desarrollo económico y social no hayan previsto las barreras que se oponen al cambio planeado, de allí que el enfoque antropológico venga a satisfacer la demanda de consejo que requiere toda programación urbana-industrial.

Con fuerte ligazón a los trabajos mencionados arriba, dos de las tareas fundamentales que deben ser emprendidas a la mayor brevedad, están representadas

por la investigación de la migración rural-urbana y la de la marginalidad. Cada vez más, el macrocefalismo citadino ocasiona graves problemas a la vida humana, y un factor que incrementa esos obstáculos los representa la considerable corriente migratoria de gente sin calificación o con poca preparación para la existencia en la ciudad. Aunado a ello, hay toda una variedad de subcul-

turas que son colocadas al margen de ese desarrollo que deben ser también estudiadas.

Por último, deseamos hacer una llamada de atención respecto al problema de la comunicación entre los antropólogos. El aislamiento que existe a nivel institucional entre los diversos centros que se dedican a la investigación antropológica, dentro y fuera del Estado, ha conducido a la



Héctor C. Carrizosa agosto 1979

duplicación de funciones y trabajos. Creemos que una adecuada coordinación de esfuerzos es indispensable para el desarrollo de la Antropología en el país. El primer paso que debe darse lo constituye la constante intercomunicación de toda clase de proyectos y resultados. Sólo así, podremos luchar contra la concepción parroquial del trabajo antropológico.

□ Alfonso Gorbea, Jesús Morales, Marcela Olavarrieta, Fernando Winfield

La inspiración poética

Paul Claudel escribía lúcidamente en la "Carta al abate Brémond sobre la inspiración poética" (*Réflexions sur la poésie*, p. 92): "La poesía, y lo confesaría el mismo Perogrullo, es producto de una cierta 'facultad poética' que tiene relaciones más directas con la imaginación y con la sensibilidad que con la razón razonante. Esto no significa que la razón, el gusto y sobre todo el espíritu de medida no tengan un papel importante en la creación, pero su intervención es en segundo plano y consiste en una función de apoyo y control". A continuación, Claudel enuncia los tres sentidos donde —él considera— se puede dar la inspiración: el primero, como vocación, es decir, como la necesidad de la propia naturaleza de ser poeta; el segundo, como un imperativo actual, es decir, el momento en que el

poeta siente la necesidad acuciante de expresarse; el tercero, cuando la poesía alcanza la plegaria, es decir, cuando desprende de las cosas su esencia pura para crear una "imagen parcial de Dios".

Las dos primeras son indiscutibles; la última es más una visión y conclusión particular de Claudel que una realidad confirmable. Allí donde Claudel ve esa inspiración es mero reflejo de su devoción religiosa. No pienso abundar sobre esto. La inspiración que me interesa ahora es la segunda, la que se da en el momento de la escritura, y sólo para tratar de mostrar que el pasado es tan necesario como el momento presente.

La inspiración, entiendo, es ese momento en que una suerte de *lume* divino entra en el corazón y en la mano del poeta, y por esa inusitada y esperable recepción es capaz de escribir, buenos, muy buenos, excelentes, y aun inolvidables poemas. Para ejemplificar voy a recurrir a dos casos totalmente contrarios: uno, de fulgurante ejecución y logro, como fue *Una temporada en el infierno* (1873); el otro, "el caso científico" de *El cementerio marino*. Transcribo versos del primero ("Lo imposible"):

—Mais je m'aperçois que mon esprit dort.

S'il était bien éveillé toujours à partir de ce moment, nous serions bientôt à la vérité, qui peut-être nous entoure avec ses anges pleurant! . . .

Y del segundo (V):

Comme le fruit se fond en jouissance,

Comme en délice il change son
(absence
Dans une bouche où sa forme se
(meurt,
Je hume ici ma future fumée,
Et le ciel chante à l'âme consu-
(mée.
Le changement des rives en
(rumeur.

Rimbaud —¿cabe repetirlo?— no era a pesar de sus pocos años, un advenedizo de la poesía: había leído, escrito y meditado sobre ella; había observado la naturaleza; había viajado; había conocido la miseria, el sufrimiento y hasta una tentativa de asesinato. Yo me pregunto si en su caso esa *inspiración* no fue el resultado de la acumulación de sus arduas experiencias vitales y literarias que se sintetizaron y proyectaron en los meses de abril a agosto en que está fechada *Una temporada en el infierno*. Casi me atrevería a firmar que los versos rimbaudianos que transcribí sufrieron mínimas limaduras y le fueron dados en un momento de rápida iluminación. (En general, *Una temporada en el infierno* no ha de haber tenido una gran corrección, y podría quizá evidenciarse en lo mal escrita —gramaticalmente, claro— que está).

Rara vez, por no decir nunca, una página de gran elevación viene sin una certera acumulación de experiencias. No imagino a Homero escribiendo la *Aristía* de Diomedes sin conocer religión e historia, y haber fatigado largamente fraseo, imágenes, correcciones; no imagino a Sófocles escribiendo *Edipo Rey* —la tragedia de las tragedias, según Aristóteles— sin haber pesado en toda su